

Celeste, blanco y celeste

Rodrigo Alonso

Aunque la bandera argentina es un símbolo omnipresente de la vida política, sabemos que sus proyecciones exceden los espacios de las manifestaciones públicas. Desde la infancia, sus franjas celestes y blancas van configurando una identificación emocional y estética que repercute de manera singular en la interioridad de cada uno de los que habitamos este país. Su imagen no resuena de la misma forma en el educador, el hincha de fútbol, el niño, el gendarme o el emigrado. No obstante, en todos toca una cuerda emotiva que los hace vibrar con algún tipo de sintonía en común.

En sus trabajos recientes, Nora Iniesta viene explorando las resonancias íntimas de los colores patrios. En ellos, el celeste y el blanco se asocian a materiales añosos y baratijas, a objetos de lujo y cotidianos, al mundo actual y al de los recuerdos. Sobre infinidad de texturas y soportes, estos colores provocan connotaciones que no son sólo visuales, sino ante todo, afectivas. Por este motivo, no resulta excesivo decir que las obras de esta artista modelan los imaginarios, los valores y las fibras de la sensibilidad colectiva.

Desde el punto de vista formal, las producciones de Iniesta se caracterizan por la reinención de lo cotidiano, la extracción de belleza a partir de objetos banales, la elevación estética de lo que aparentemente no posee valor. Con extrema delicadeza, la artista exalta las cualidades de los elementos comunes, mediante una suerte de apología de la simplicidad que llama la atención por su ascetismo, contundencia y precisión.

Simples son también sus procedimientos creativos. La magnificación de lo pequeño, el énfasis inducido por la repetición, el aislamiento y la puesta en valor de lo insignificante, son la clave de una labor que se viene consolidando a lo largo de los años. Siguiendo los pasos de Alberto Greco, Nora Iniesta practica un arte del señalamiento, que apunta a descubrir la sensibilidad implícita en cada fragmento del mundo que nos rodea. En este sentido, cultiva un arte decididamente optimista, que no reniega de la realidad, sino que confía en la transformación estética del entorno como una vía hacia la construcción de un mundo mejor.

Una parte importante de este trabajo se orienta al refinamiento de la mirada. Cada una de sus obras parece decirnos que no hace falta recurrir a producciones complejas y rebuscadas para encontrar la cuota de belleza y armonía que pueda transmutar nuestras vidas. Sólo hace falta ver con detenimiento, potenciar la percepción de los detalles, ejercer la observación reveladora. No hay objeto que, bajo esta luz, se resista a develar sus aristas más extraordinarias.

Bandejas, manteles, alfombras, nos invitan a encontrar estas cualidades en los enseres domésticos, en la vida cotidiana, en el hogar. El blanco y el celeste nos hablan de otro hogar, que es la patria. En la intersección de todos estos significantes, la obra de Nora Iniesta nos instiga a reflexionar sobre nuestro entorno personal y territorial, sobre los símbolos y los afectos, para reencontrarnos, a través de ellos, con nosotros mismos.